**FRANKENSTEIN**

**Por Mary Shelley**

Mientras decía esto, vi de repente la figura de un hombre, a cierta distancia, avanzando hacia mí a una velocidad sobrehumana. Saltó sobre las grietas del hielo, entre las que yo había caminado con precaución; al acercarse, además, su estatura parecía superar la de un hombre. Me preocupé; una niebla se apoderó de mis ojos, y sentí que un desvanecimiento se apoderaba de mí, pero me recuperé rápidamente gracias al frío vendaval de las montañas. Percibí, al acercarse la forma (¡tremenda y aborrecible visión!) que era el desdichado que yo había creado. Temblé de rabia y horror, resolví aguardarlo y trabar con él un combate mortal. Se acercó; su semblante denotaba una amarga angustia, combinada con desdén y maldad, mientras que su fealdad sobrenatural lo hacía casi demasiado horrible para los ojos humanos. Pero apenas observé eso; al principio la rabia y el odio me habían enmudecido, y sólo me recuperé para abrumarle con palabras que expresaban una furiosa aversión y desprecio.

“Demonio", exclamé, "¿te atreves a acercarte a mí? ¿Y no temes la feroz venganza de mi brazo sobre tu miserable cabeza? ¡Vete, vil insecto! ¡O más bien, quédate, para que pueda pisotearte hasta convertirte en polvo! Y, ¡oh! ¡Si pudiera, con la extinción de tu miserable existencia, devolverle la vida a esas víctimas que tan diabólicamente has asesinado!”.

"Esperaba este recibimiento", dijo el demonio. "Todos los hombres odian a los desdichados; ¡cómo, pues, he de ser odiado yo, que soy miserable más allá de todo lo viviente! Sin embargo, tú, mi creador, me detestas y me desprecias a mí, tu criatura, a la que te unen lazos que sólo la aniquilación de uno de nosotros rompería. Tu propósito es matarme. ¿Cómo te atreves a jugar así con la vida? Cumple con tu deber hacia mí, y yo cumpliré con el mío hacia ti y el resto de la humanidad. Si cumples con mis condiciones, los dejaré a ellos y a ti en paz; pero si te niegas, atiborraré las fauces de la muerte, hasta saciarlas con la sangre del resto de tus amigos".

"¡Monstruo aborrecible! ¡Eres un demonio! Las torturas del infierno son una venganza demasiado suave para tus crímenes. ¡Maldito diablo! Me reprochas tu creación; acércate, entonces, para que pueda apagar la chispa que tan negligentemente otorgué”.

Mi rabia no tenía límites; me abalancé sobre él, impulsado por todos los sentimientos que pueden armar a un ser contra la existencia de otro.

Me eludió fácilmente y dijo,

"¡Calma! Te ruego que me escuches antes de dar rienda suelta a tu odio sobre mi devota cabeza. ¿No he sufrido lo suficiente, para que busques aumentar mi miseria? La vida, aunque sólo sea un cúmulo de angustias, me es querida y la defenderé. Acuérdate de que me has hecho más poderoso que tú; mi altura es superior a la tuya, mis articulaciones más flexibles. Pero no caeré en la tentación de oponerme a ti. Soy tu criatura, y seré incluso suave y dócil con mi señor y rey natural si tú también cumples con tu parte, la que me debes. Oh, Frankenstein, no seas equitativo con todos los demás y te ensañes sólo conmigo, a quien tu justicia, e incluso tu clemencia y afecto, son más debidos. Acuérdate de que soy tu criatura; debería ser tu Adán, pero soy más bien el ángel caído, al que expulsas de la alegría por ninguna fechoría. En todas partes veo la dicha, de la que sólo yo estoy irremediablemente excluido. Yo era benévolo y bueno; la miseria me convirtió en un demonio. Hazme feliz y volveré a ser virtuoso”.

“¡Fuera de aquí! No te escucharé. No puede haber comunidad entre tú y yo; somos enemigos. Vete, o probemos nuestras fuerzas en una pelea, en la que uno debe caer”.

"¿Cómo puedo conmoverte? ¿Ninguna súplica hará que te apiades de tu criatura, que implora tu bondad y compasión? Créeme, Frankenstein, yo era benévolo; mi alma brillaba de amor y humanidad; pero ¿no estoy solo, miserablemente solo? Tú, mi creador, me aborreces; ¿qué esperanza puedo tener en tus congéneres, que no me deben nada? Me desprecian y me odian. Las montañas desiertas y los glaciares lúgubres son mi refugio. He vagado por aquí muchos días; las cuevas de hielo, a las que únicamente yo no temo, son mi morada, y la única que el hombre no envidia. Aclamo estos cielos sombríos, pues son más amables conmigo que tus congéneres. Si la multitud de la humanidad supiera de mi existencia, haría lo mismo que tú y se armaría para mi destrucción. ¿No odiaré entonces a los que me aborrecen? No llegaré a acuerdos con mis enemigos. Soy miserable, y ellos compartirán mi desdicha. Sin embargo, está en tus manos recompensarme, y librarlos de un mal que sólo aguardas que lo desencadenes; que no sólo tú y tu familia, sino miles de personas, serán tragados por los torbellinos de su furia. Deja que tu compasión se conmueva, y no me desprecies. Escucha mi relato; cuando lo hayas oído, abandóname o compadéceme, según juzgues que me merezco. Pero escúchame. Las leyes humanas, por sangrientas que sean, permiten a los culpables hablar en su propia defensa antes de ser condenados. Escúchame, Frankenstein. Me acusas de asesinato, y sin embargo, con la conciencia satisfecha, destruirías a tu propia criatura. ¡Oh, alabada sea la eterna justicia del hombre! Sin embargo, te pido que no me perdones; escúchame, y luego, si puedes, y si quieres, destruye la obra de tus manos”.

"¿Por qué me traes a la memoria -repliqué-, circunstancias de las que me estremece reflexionar, que yo he sido el miserable origen y autor? ¡Maldito sea el día, demonio aborrecido, en que viste la luz por primera vez! ¡Malditas (aunque me maldigo a mí mismo) sean las manos que te formaron! Me has hecho sentir miserable más allá de lo que es posible expresar. No me has dejado ninguna posibilidad de considerar si soy justo contigo o no. ¡Fuera de aquí! Libra mis ojos de tu forma detestada”.

"Así te alivio, mi creador", dijo, y puso sus odiadas manos ante mis ojos, que aparté de mí con violencia; "así libro a tus ojos la vista que aborreces. Aun así, puedes escucharme y concederme tu compasión. Por las virtudes que una vez poseí, te exijo esto. Escucha mi relato; es largo y extraño, y la temperatura de este lugar no se ajusta a tus finas sensaciones; ven a la cabaña de la montaña. El sol está aún en lo alto de los cielos; antes de que descienda para ocultarse tras vuestros precipicios nevados e iluminar otro mundo, habrás oído mi historia y podrás decidir. De ti depende que abandone para siempre la vecindad del hombre y lleve una vida inofensiva, o que me convierta en el azote de tus semejantes y en el autor de tu propia y rápida ruina".